



Isaak Bábel
Caballería Roja



ISAAK BÁBEL

Caballería roja

Traducción y prólogo de
Ricardo San Vicente

Galaxia Gutenberg

También disponible en eBook

Traducción del ruso: Ricardo San Vicente

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición en Galaxia Gutenberg: abril 1999

Primera edición en este formato: noviembre 2017

© Antonina N. Pirozhkova, 2011

© de la traducción y el prólogo: Ricardo San Vicente, 1999, 2010, 2017

© Galaxia Gutenberg, S. L., 2017

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls

Pl. Verdager, 1 Capellades-Barcelona

Depósito legal: B. 23987-2017

ISBN: 978-84-17088-94-1

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Sobre esta edición

El 27 de enero de 1940, Isaak Bábel fue ejecutado. Murió de un tiro en la nuca a la edad de cuarenta y cinco años en alguno de los sótanos moscovitas donde se aplicaba el terror soviético. De manera que, además de las naturales consecuencias de esta tragedia ocurrida hace setenta años, en lo que se refiere a la obra de Bábel, una de ellas es que nunca se sabrá cuál hubiera sido la última redacción de su obra, dadas, además, las circunstancias tanto de orden literario como político en las que brevemente nos detendremos.

Isaak Emanuïlovich Bábel era un escritor extremadamente puntilloso y exigente, no paraba de corregir y redactar una y otra vez sus escritos y le costaba un enorme esfuerzo darlos por acabados, desprenderse definitivamente de ellos. Tras su detención, se le confiscaron todos sus manuscritos, varias voluminosas carpetas que, a pesar de los muchos intentos de encontrarlas, nunca aparecieron.

De modo que tanto el peso del régimen soviético, que finalmente exterminaría a Bábel condenándolo a muerte por trotskista y espía francés (¡y austriaco!), como la manera particular de éste, obsesiva, perfeccionista, de escribir –«ningún hierro puede penetrar en el corazón humano de manera tan estremecedora y gélida como un punto puesto a tiempo»– condicionaron la suerte aciaga de sus textos.

Es lógico pues que hasta hoy preocupe cuál sería el perfil exacto de unos escritos cuidados por su autor como si se tratara de la obra de un orfebre, y acerca de los cuales los editores siempre han manifestado su voluntad de publicar la obra con la mayor fidelidad.

En lo que se refiere a *Caballería roja*, este ciclo de relatos que el autor denominó *Konarmia* («Ejército de Caballería» sería la traducción literal del título), después de publicarse en repetidas ocasiones y en diferentes versiones en vida de Bábel, no reapareció hasta 1957, después de que su autor fuera rehabilitado en 1954. Desde entonces –al igual que ocurrió con otros escritores silenciados o eliminados, como Ajmátova, Bulgákov, Mandelshtam, Pilniak, Tsvietáieva, etc.– fueron apareciendo con diversa fortuna obras censuradas, «descubrimientos», en suma, muestras mutiladas del desaparecido autor. Pero vayamos por partes.

La primera edición castellana traducida del ruso de *Caballería roja* –a cargo de José M.^a Güell, revisada por Augusto Vidal y con prólogo de Lionel Trilling– publicada por Barral Editores en 1970, se vertió al español a partir de la soviética de 1966 (reedición de la aparecida en Moscú en 1957). Esta publicación soviética, como ahora sabemos, se vio seriamente alterada, en primer lugar, por las correcciones que el propio autor se vio obligado a introducir por diversas razones en las últimas redacciones de su obra y, en segundo lugar, y sobre todo, por la revisión de los censores, que «limpiaron» la obra de Bábel con motivo de su reaparición tras la muerte de Stalin. La misma versión castellana publicada por Barral Editores apareció en 1972 en *Obras de Bábel*, con prólogo de Augusto Vidal, publicadas por

Editorial Planeta, en las que se reunía todo lo hasta entonces conocido del desaparecido y rescatado narrador.

A partir de esta versión se publicó en 1991 la edición de Círculo de Lectores, dentro de la «Biblioteca de Plata de los Clásicos Rusos», seleccionada, comentada y revisada por quien firma esta nota. La nueva redacción se revisó cotejándola ya con una edición del texto realizada por Efraim Sicher y con epílogo de Shimon Markish: *Detstvo i druguie rasskazy* [Infancia y otros relatos], Biblioteka-Alia, Jerusalén, 1979. En las notas a esa edición se decía que «se han recuperado los fragmentos censurados en 1936, restableciéndose así el texto original de Bábel». Lo que entonces aún no sabíamos era que también en aquella versión se mantuvieron los cambios del texto autocensurado por el autor y mutilado por los censores de su tiempo.

Así, en la publicación anterior a la presente edición, aparecida en 1999 en Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, en una nueva traducción realizada para la colección «La Tragedia de la Cultura», escribíamos: «La traducción de *Caballería roja* se ha realizado a partir de la edición rusa *Sochinenia* [Obras], vol. II, editorial Judozhstvennaya literatura, Moscú, 1990», considerando entonces ésta la definitiva. Lo cual tampoco resultó ser cierto del todo.

En realidad, toda esta confusión (que en otros casos resuelve bien el propio autor en vida, bien sus herederos) se debe por un lado a las múltiples versiones que de la obra han aparecido hasta hoy y, por otro, como hemos dicho, al inagotable afán de Bábel por el perfeccionismo. A propósito, Konstantín Paustovski, uno de sus amigos, cuenta que ante su alegre sorpresa al ver a Bábel llevando un grueso pliego de hojas, éste le replicó que se trataba de múltiples versiones del mismo relato.

En las diversas ediciones recientes de las obras de Bábel publicadas en ruso han dominado fundamentalmente dos enfoques. Uno ha consistido en completar de algún modo aquello que el autor no pudo hacer dado su trágico final, recuperando lo que, supuestamente, el autor habría escrito en caso de que no hubiera sido detenido, torturado, condenado y finalmente asesinado. «No me han dejado acabar», cuenta su viuda que exclamó al ser detenido. Y el otro se puede resumir en el comentario que en su día nos hizo uno de los más atentos estudiosos de Bábel, Shimon Markish: «Hay que respetar las obras tal como las dejó el autor. ¿Verdad que las novelas censuradas de Dostoyevski, Tolstói o Chéjov se han publicado sin cambios?». Y a la objeción de que a éstos no les segaron la vida como a Bábel, Markish replicaba que no era éste un argumento suficiente para alterar lo que el propio autor, cualesquiera que fueran las razones, había dado por bueno.

Así pues, en resumen, podemos decir que entre la primera edición de Editorial del Estado en 1926, integrada por treinta y cuatro relatos publicados en periódicos y revistas de Odessa –*Shkval* [Ráfaga], *Izvestia Odésskogo gubispolkoma* [Noticias del Comité Ejecutivo Provincial de Odessa], *Lef* (siglas del Frente de Izquierdas de las Artes), *Krásnaya nov* [Tierras rojas], *Prozhéktor* [El proyector]– desde febrero de 1923 hasta abril de 1925, y la última aparecida en vida del autor en 1936, no hay ninguna que pueda considerarse canónica y menos, claro está, definitiva. Ninguna que el propio autor habría dado por buena...

Pero, pasados varios años desde la edición rusa de 1990 –es decir, de la primera publicación que al menos no se pretendió censurar–, aparece en 2006 en la edito-

rial Vremia una nueva redacción de la obra de Isaak Bábel, edición llevada a cabo por Ígor Sujij, profesor de la Universidad de San Petersburgo, y que incluye la postrera redacción de *Caballería roja*.

Ésta representa a nuestro parecer el intento más serio y exhaustivo de dar por definitiva la redacción del texto. Así lo creemos por compartir los criterios que esgrime el estudioso ruso y que aquí citamos resumidamente:

[*Caballería roja*] se publica siguiendo la edición: *Konarmia. Edición corregida V-VI*, M., L., [Moscú, Leningrado], 1931.

Tras publicar algunos relatos por separado, Bábel los reunió por primera vez en un libro en 1926, si bien prosiguió su trabajo creativo sobre los textos también en las ediciones posteriores. En 1931 se publicó la edición citada, y en 1933 la *Edición completada VII-VIII*. Finalmente, en 1936, *Caballería roja* abría la mayor publicación en vida del autor titulada *Relatos*.

En la edición en dos volúmenes de 1990 la obra se publicó siguiendo la de 1936, pero con algunos cortes debidos a la censura. Por razones inexplicables se eliminaron las fechas que el autor adujo al final de los relatos y conservó en las ediciones aparecidas en vida suya.

Sin embargo, la edición de 1936 es defectuosa. En ella han desaparecido las menciones a políticos cuyos nombres se omiten a mediados de los años treinta (como, por ejemplo, el de Trotski...), se vierten duros comentarios sobre el partido y se aportan detalles naturalistas. Comparada con la de 1931, en ésta aparecen más de cien alteraciones de diversa índole que muestran claramente la intervención niveladora del redactor: se han tachado los epítetos demasiado originales, han desaparecido ex-

presiones accesorias aparentemente superfluas pero relevantes en cuanto a la entonación del texto [...].

Si fue el editor quien introdujo estos cambios o, presionado, el propio autor, es algo que no tiene mucha importancia. En cualquier caso, esta circunstancia no nos permite considerar la última edición de 1936 como el texto definitivo de la obra.

La presente edición –*al igual que esta última publicación en castellano*– se ha basado en la edición de 1931, texto en el que se reproduce por última vez la composición que el autor realizó del libro, pero en el que aún no se han introducido los obligados cambios debidos al mayor rigor de la censura...

El cotejo con las ediciones de 1933 y de 1936, así como con las primeras publicaciones nos ha permitido corregir en el texto varias decenas de erratas.

Para concluir esta nota explicativa, regresemos al propio autor.

Poco antes de que le condenaran a muerte y le asesinaran, cuando tras su detención, tortura y confesión, se le permitió expresar lo que pensaba y sentía, Babel escribió a su verdugo, Lavrenti Beria:

Le ruego, ciudadano Comisario del Pueblo, que me permita poner en orden los manuscritos que me han requerido. Entre ellos hay apuntes sobre la colectivización y los koljoses en Ucrania, materiales para un libro sobre Gorki, borradores de varias decenas de relatos, una obra de teatro a medio acabar, la variante definitiva de un guión cinematográfico. Estos manuscritos son el fruto de ocho años de trabajo; parte de ellos me proponía entregarlos a la imprenta este año...

Este grito de súplica –enterrado en el material que Vitali Shentalinski rescató de los archivos del KGB y que se recoge íntegramente en el volumen de Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores consagrado a Bábel en la colección de «La tragedia de la cultura»–, este último intento de salvar lo más valioso de sí mismo, su obra, muestra a las claras el valor que el autor concedía a sus escritos. Valor y estima que aquí hemos querido respetar en la medida de lo posible.

En cuanto a los relatos que aparecen en el Anexo, éstos sintonizan temáticamente con el ciclo, pero el autor no los incluyó en la obra. Por esta razón no los hemos incorporado al cuerpo de *Caballería roja*, aunque sí nos ha parecido apropiado ofrecerlos al lector.

RICARDO SAN VICENTE

Caballería roja

El paso del Zbruch¹

El jefe de la Sexta División informó de que Novograd-Volinsk había sido tomada al amanecer. El Estado Mayor partió de Krapivno y nuestro convoy se extendió a modo de ruidosa retaguardia por la carretera que lleva de Brest a Varsovia, una calzada construida por Nicolás I con huesos campesinos.

Campos de púrpuras amapolas florecen a nuestro alrededor, el viento del mediodía juega en el centeno que se torna amarillo, el trigo sarraceno se eleva virginal en el horizonte como el muro de un lejano monasterio. El callado Volín corre sinuoso; el río se aleja de nosotros hacia la niebla perlada de los bosques de abedules, penetra en los oteros cubiertos de flores y, con sus brazos cansados, se enmaraña en la maleza del lúpulo. El sol naranja rueda por el cielo como una cabeza cortada, una luz delicada se enciende en los desfiladeros de las nubes, los estandartes del ocaso ondean sobre nuestras cabezas. El olor de la sangre de ayer y de los caballos muertos gotea sobre el fresco del atardecer. El Zbruch,

1. Al final de este volumen se da noticia de la primera publicación y el lugar y la fecha en que fueron escritos los relatos antes de aparecer en forma de libro. En el texto se mantienen las fechas señaladas por Isaak Bábel en la edición de 1931.

Las notas, salvo que se indique lo contrario, son del traductor.

ennegrecido, zumba y retuerce los espumosos nudos de sus rápidos. Los puentes están destruidos, vadeamos el río. La luna majestuosa descansa sobre las olas. Los caballos se sumergen en el agua hasta el lomo, torrentes sonoros chorrean entre centenares de patas. Alguien se ahoga y se lo echa en cara a voces a la Virgen. El río, sembrado de los negros cuadrados de los carros, se llena de estruendo, silbidos y canciones que retumban sobre las sierpes lunares y los brillantes huecos.

Muy avanzada la noche llegamos a Novograd. En el alojamiento al que me han destinado encuentro a una mujer embarazada y dos judíos pelirrojos de cuellos delgados; un tercero duerme ya, cubierto hasta la cabeza y acurrucado contra la pared. En el cuarto en que me alojan veo los armarios revueltos, jirones de pellizas de mujer por el suelo, heces humanas y trizas del vaso sagrado que los judíos usan una vez al año, por Pascua.

–Recoja esto –le digo a la mujer–. Entre qué porquería viven, señores...

Los dos judíos se ponen en movimiento. Dan saltitos sobre sus suelas de fieltro y recogen del suelo los restos; brincan mudos, cual simios, como japoneses en el circo, sus cuellos se hinchan y giran. Depositán en el suelo un colchón reventado y yo me acuesto mirando hacia la pared, junto al tercer judío, que duerme. La espantadiza miseria se cierra al instante sobre mi lecho.

El silencio lo mata todo y sólo la luna, que se agarra con las manos azules su oronda, brillante y despreocupada cabeza, vagabundea tras la ventana.

Desperezo mis piernas entumecidas, acostado sobre el destripado colchón y me duermo. Sueño con el jefe de la Sexta División. Éste, montado sobre un potro pesado, persigue al jefe de brigada y le planta dos balazos

en los ojos. Las balas le atraviesan la cabeza y ambos ojos caen al suelo. «¿Por qué has hecho dar media vuelta a la brigada?», le grita Savitski, el jefe de división, al herido.

Entonces me despierto porque la mujer embarazada palpa con sus dedos mi cara.

–*Pan*^r –me dice–, está usted gritando en sueños y no para de moverse. Le pondré la cama en otro rincón, porque le está dando golpes a mi padre.

La mujer levanta del suelo sus delgadas piernas, alza el vientre abultado y retira la manta que cubre al hombre dormido. El viejo yace muerto, tumbado de espaldas. Tiene el gáznate arrancado, la cara cortada por la mitad de un tajo, y la sangre azul cubre su barba como un pedazo de plomo.

–*Pan* –me dice la judía y sacude el colchón–. Han sido los polacos, y mientras tanto él les suplicaba: matadme en el patio trasero, que mi hija no vea cómo muero. Pero ellos hicieron lo que les vino en gana. Expiró en este cuarto, y pensaba en mí... Y yo ahora quiero saber –dijo de pronto la mujer con una fuerza terrible–, quiero saber, en qué otro lugar de la tierra se podría encontrar un hombre como mi padre...

Novograd-Volinsk, julio de 1920

1. Señor, en polaco.

La iglesia de Novograd

Ayer me dirigí a ver al comisario para darle el parte. El comisario se había instalado en casa del párroco del pueblo, que había huido. En la cocina me recibió *pani* Eliza, el ama del jesuita. La mujer me ofreció un té color del ámbar con bizcochos. Los bizcochos del ama olían a crucifixión. Encerraban un néctar taimado y la furia perfumada del Vaticano.

Junto a la casa bramaban las campanas de la iglesia que hacía sonar el enloquecido campanero. Las estrellas de julio llenaban la noche. *Pani* Eliza, mientras sacudía sus atentas canas, me regalaba galletas, y yo me deleitaba con el manjar de los jesuitas.

La vieja polaca me llamaba «*pan*»; junto a la puerta se mantenían erguidos, firmes, unos ancianos grises de orejas petrificadas, y por el lugar, en la penumbra serpentina, ondeaba la sotana de un monje. El *pater* había huido, pero había dejado a su ayudante, *pan* Romuald.

Romuald, un gangoso eunuco con cuerpo de coloso, nos trataba de «camaradas». Con su dedo amarillo dibujaba en el mapa los círculos de la devastación polaca. Embargado por un ronco entusiasmo, enumeraba las heridas de su patria. Que el piadoso olvido se trague el recuerdo de Romuald, quien nos traicionó sin piedad alguna y fue fusilado sobre la marcha. Pero aquella no-

che su estrecha sotana se agitaba junto a cada cortina, barría con furia todos los senderos y sonreía burlona a todo aquel que deseaba un trago de vodka. Aquella noche la sombra del monje me acechó sin descanso. Hubiera llegado a obispo, aquel *pan* Romuald, de no haber sido un espía.

Con él bebí ron; el hálito de un orden de vida inaudito palpitaba bajo las ruinas de la casa del cura, y las tentaciones agazapadas en aquel hogar me dejaron sin fuerzas. ¡Oh, crucifijos, oh, diminutas cruces como talismanes de cortesana! ¡Pergaminos de bulas papales, cartas de amadas, papel de satén descompuesto entre la seda azul de los chalecos!...

Te estoy viendo desde aquí, monje infiel de sotana lila, veo tus manos rollizas, tu alma, delicada y sin piedad como el alma de un gato, veo las heridas de tu dios que destilan esperma, oloroso veneno que embriaga a las doncellas.

Bebíamos ron esperando al comisario que seguía sin regresar del Estado Mayor. Romuald se desplomó en un rincón y se quedó dormido.

El monje duerme y se estremece en sueños; entretanto, tras la ventana, en el jardín, bajo la negra pasión del cielo, se irisan los árboles de la avenida. Las rosas sedientas se mecen en la oscuridad. Relámpagos verdes se encienden en las cúpulas. Un cadáver desnudo yace tirado al pie del barranco. Y la luna derrama su brillo sobre las piernas muertas, abiertas de par en par.

¡He aquí Polonia, he aquí la altiva aflicción de la Rzeczpospolita!¹ Y yo, violento forastero, extendiendo mi

1. *Rzeczpospolita Polska*: «República polaca». Denominación oficial del Estado polaco-lituano entre 1569 y 1795, que Polonia recuperó de 1918 a 1939.

piojoso jergón en el templo abandonado por su sacerdote y me echo debajo de la cabeza un infolio cubierto de hosannas al excelso y preclaro Caudillo de aquel Reino, Józef Piłsudski.

¡Oh, Polonia, hordas harapientas se lanzan sobre tus vetustas ciudades; la canción que llama a la unión de todos los esclavos resuena sobre ellas! ¡Ay de ti, Rzeczpospolita, ay de ti, príncipe Radziwiłł, y de ti, príncipe Sapieha, alzados por una hora!

Mi comisario sigue sin llegar. Lo busco en el Estado Mayor, por el jardín, en la iglesia. Las puertas del templo están abiertas, entro, y dos cráneos de plata se encienden sobre la tapa de un sepulcro quebrado. Del susto me lanzo hacia abajo, a un subterráneo. Una escalinata de roble lleva de allí al altar. Y veo un sinnúmero de luces que corren en lo alto, junto a la cúpula. Veo al comisario, al jefe de la Sección Especial y a unos cosacos con velas en las manos. Éstos responden a mi débil grito y me ayudan a salir del sótano.

Los cráneos, que resultaron ser tallas de un túmulo del templo, ya no me asustan, y todos juntos proseguimos el registro, pues de un registro se trata, iniciado tras haber descubierto en la casa del cura montones de uniformes militares.

Entre el fulgor de las cabezas de caballo cosidas en nuestras bocamangas, entre susurros y rumor de espuelas, damos vueltas por el retumbante edificio con la cera que se derrite en las manos. Las vírgenes, guarnecidas de piedras preciosas, siguen nuestros pasos con sus pupilas rosadas, como ojos de ratón; las llamas se estremecen en nuestros dedos, y las sombras cuadradas se retuercen en las estatuas de San Pedro, San Francisco y San Vicente, en las mejillas enrojecidas y en las barbas rizadas cubiertas de carmín.

Damos vueltas y buscamos. Bajo nuestros dedos saltan botones de hueso, se abren los iconos, cortados por la mitad, dando paso a refugios tapizados con el moho que cubre las cuevas. El templo es antiguo y lleno de misterios. Esconde en sus muros lustrosos pasos secretos, nichos y portezuelas que se abren en silencio.

¡Oh, estúpido cura, que colgaste en los clavos del Salvador los sostenes de tus feligresas! Tras el atrio encontramos un baúl con monedas de oro, un saco de tafilete con billetes de banco y estuches de joyeros de París con anillos de esmeraldas.

Y luego contamos el dinero en el cuarto del comisario. Columnas de oro, alfombras de dinero, el viento racheado que sopla sobre la llama de las velas, la locura azabache en los ojos de *pani* Eliza, la risa de trueno de Romuald y el bramido inacabable de las campanas que hace sonar *pan* Robacki, el campanero enloquecido.

«¡Lejos! –me dije–. ¡Lejos de estas madonas que guiñan el ojo, engañadas por los soldados...»

La carta

He aquí una carta para casa que me dictó Kurdiukov, un muchacho de nuestra expedición. Una carta que no merece caer en el olvido. La he transcrito sin adorno alguno y la reproduzco palabra por palabra, conforme a la verdad.

Apreciada madre, Yevdokía Fiódorovna. Desde las primeras líneas de la presente carta me apresuro a informarle de que, gracias a Dios, estoy vivo y sano, lo cual igualmente espero oír de usted. Al tiempo que con todo mi respeto la saludo y me inclino ante usted desde la blanca frente hasta la húmeda tierra... *(Sigue la enumeración de parientes, padrinos y compadres. La omitimos para pasar al párrafo siguiente.)*

Apreciada madre, Yevdokía Fiódorovna Kurdiukova. Me apresuro a escribirle que me encuentro en el Ejército Rojo de Caballería del camarada Budionni, y aquí se encuentra asimismo el compadre de usted, Nikon Vasílich, que es en el presente un héroe rojo. Me ha tomado consigo en la expedición del Departamento Político, desde donde repartimos por las posiciones libros y periódicos. Las *Noticias de Moscú del Comité Ejecutivo*, la *Pravda de Moscú* y nuestro amado diario, el despiadado *Jinete Rojo*, diario que todo soldado de primera línea desea leer, para después de lo cual, lleno de ardor y he-

roísmo, cortar las cabezas de los infames polacos; de modo que vivo con Nikon Vasílich a las mil maravillas.

Apreciada madre Yevdokía Fiódorovna, mándeme usted lo que pueda y aquello que le permitan sus fuerzas y posibles. Le pido que sacrifique usted el cochino pinto y me mande un paquete al Departamento Político del camarada Budionni, a la atención de Vasili Kurdiukov. Cada jornada me acuesto a dormir sin haber comido y sin ropa de abrigo, de manera que el frío aprieta aún más. Escríbame por carta cómo está mi *Stiopa*, si sigue vivo o no; le ruego, madre, que me lo vigile y escríbame cómo está, si aún tropieza o ha dejado de hacerlo, así como de su sarna en las manos, y si lo han herrado o no. Le ruego, madre querida, que le lave usted sin falta las manos con el jabón que dejé tras los iconos, y si padre lo hubiera gastado, cómprelo usted en Krasnodar, que Dios se lo pagará con creces. Puedo contarle también que las tierras de por aquí son pobres de solemnidad; de los campesinos le diré que parece que se los haya tragado la tierra, pues huyen con sus caballos al bosque de nuestros valientes halcones; el trigo es por lo visto escaso y muy menudo, tanto que da risa verlo. Los labradores siembran centeno y avena también. El lúpulo crece en estacas, de modo que sube muy arreglado; de él se hace aguardiente.

En estos segundos renglones de mi carta me apresuro a contarle de padre, que ha dado muerte al hermano Fiódor Timoféich Kurdiukov de eso hará un año. Nuestra brigada del camarada Pavlichenko se dirigía a ocupar la ciudad de Rostov cuando en nuestras filas se produjo una traición. Entonces padre estaba con Denikin en el empleo de jefe de regimiento. Las gentes que lo tenían visto decían que llevaba colgadas medallas como en el antiguo régimen. Y por causa de aquella traición todos

caímos prisioneros. Padre le echó el ojo a nuestro hermano Fiódor Timoféich y comenzó a dar cuchillo a Fedia llamándole rata, perro rojo, hijo de perra y demás, y lo maltrató hasta entrada la noche, hasta que mi hermano Fiódor Timoféich entregó su alma. Entonces le escribí a usted una carta de cómo su Fedia yace sin cruz que lo proteja. Pero padre me agarró con la carta y me dijo: «Todos sois hijos de vuestra madre, sois de su sangre, sangre de perra, he preñado a vuestra madre y la seguiré preñado, yo ya estoy perdido, pero como hay Dios que exterminaré mi simiente y lo que haga falta». De modo que padre me dio tormento igual que a nuestro Señor Jesucristo. Sólo que al poco logré escapar y me uní a mi unidad del camarada Pavlichenko. Nuestra brigada recibió la orden de marchar a la ciudad de Vorónezh para reorganizarse y allí recibimos nuevos refuerzos, así como caballos, bolsas, pistolas y todo lo que nos correspondía. En cuanto a Vorónezh, querida madre Yevdokía Fiódorovna, se la puedo describir diciéndole que se trata de una ciudad muy extraordinaria, que será algo mayor que Krasnodar, que las gentes de aquí son muy bien parecidas y que el río es bueno para el baño. Nos daban dos libras de pan al día, media libra de carne y azúcar suficiente, de modo que al levantarnos bebíamos té dulce y lo mismo hacíamos al ir a acostarnos, así que nos olvidamos del hambre, y en las comidas iba a ver a mi hermano Semión Timoféich a por tortas o ganso asado, después de lo cual me iba a descansar. En aquel tiempo, el regimiento entero quiso que Semión Timoféich fuera su jefe, dado su increíble valor, y el camarada Budionni dio la orden pertinente, de modo que Semión Timoféich recibió dos caballos, ropa decente, un carro para llevar sus bártulos aparte y una orden de la Bandera Roja, y a mí a su lado me trataban como a su hermano. De modo que si ahora

algún vecino la fuera a molestar, entonces Semión Timoféich bien puede cortarle el cuello.

Luego nos pusimos a perseguir al general Denikin, nos cargamos a miles y los arrinconamos junto al mar Negro, sólo que padre no aparecía por ninguna parte, aunque Semión Timoféich lo buscó en todas las posiciones porque echaba mucho en falta a nuestro hermano Fedia. Pero ya conoce usted, mi querida mamá, a padre y su carácter tan terco; lo que hizo el sinvergüenza es pintarse de azabache la barba pelirroja, y se encontraba en la ciudad de Maikop, en ropa de civil, de modo que ninguno de los habitantes sabía que él era quien era, es decir, un guardia del viejo régimen. Pero la verdad siempre resplandece, pues el compadre de usted, Nikon Vasílich, lo vio por un casual en la casa de un lugareño y escribió una carta destinada a Semión Timoféich. Mi hermano Senka y yo y los muchachos del pueblo que desearon hacerlo montamos a caballo y cabalgamos al galope doscientas verstas.¹

¿Y qué es lo que vimos en la ciudad de Maikop? Pues vimos que la retaguardia no se compadece de ninguna manera del frente y que en todas partes reina la traición y, como en tiempos del viejo régimen, todo está lleno de judíos. Y en la ciudad de Maikop Semión Timoféich se las tuvo bien duras con los judíos, pues éstos no querían entregar a padre y lo metieron en la cárcel bajo candado diciendo que había llegado la orden de no liquidar a los presos, «pues nosotros mismos lo vamos a juzgar y no tengáis miedo que recibirá lo que se merece», decían. Sólo que Semión Timoféich se salió con la suya y les demostró que él es el jefe del regimiento y que había recibido de manos del camarada Budionni todas las órdenes de

1. Medida de longitud rusa de algo más de un kilómetro (1,06).

la Bandera Roja y les amenazó con pasar a cuchillo a todo el que defendiera a la persona de padre y no lo entregase, y así también se expresaron los muchachos de nuestro pueblo. Pero en cuanto Semión Timoféich tuvo a padre, tras formar a toda la tropa en el patio, como corresponde al orden militar, se pusieron a darle látigo. Y entonces Senka le arrojó agua a la barba de padre Timoféi Rodiónich y de la barba corrió la tintura. Y Senka le preguntó a Timoféi Rodiónich:

–¿Está bien, padre, en mis manos?

–No, estoy mal –dijo padre.

Entonces Senka preguntó:

–Y Fedia, cuando le daba cuchillo, ¿estuvo bien en sus manos?

–No, lo pasó mal Fedia.

Entonces Senka preguntó:

–¿Y pensó, padre, que lo pasaría usted mal?

–No –dijo padre–, no lo pensé.

Entonces Senka se dirigió al pueblo y dijo:

–Pues yo pienso que si caigo entre los suyos, tampoco habrá piedad para mí. Y ahora, padre, vamos a acabar con usted...

Y entonces Timoféi Rodiónich comenzó a cubrir sin miramientos de insultos a Senka, a mentarle la madre y ofender a la Virgen y a pegar a Senka en la cara, y Semión Timoféich me mandó salir, de modo que, mi querida mamá Yevdokía Fiódorovna, no puedo describirle cómo acabaron con padre, porque me echaron del lugar.

Después de aquello nos instalamos en la ciudad de Novorossiisk. De esta ciudad se puede decir que tras ella ya no hay tierra firme, sólo agua, el mar Negro, y allí nos quedamos hasta la llegada de mayo, que es cuando nos dirigimos al frente polaco, y ahora le damos estopa a los polacos con toda el alma...

Quedo de usted su hijo que la quiere Vasili Timoféich Kurdiukov. Mamá, no le quite el ojo a *Stiopa*, que Dios se lo pagará con creces...

Ésta es la carta de Kurdiukov, de la que no he tocado ni una palabra. Cuando acabé de escribirla, éste tomó la hoja y se la guardó entre la ropa, sobre el cuerpo desnudo.

—Kurdiukov —le pregunté al muchacho—, ¿era mal hombre tu padre?

—Padre era un garañón —me contestó sombrío.

—¿La madre era mejor?

—Tal para cual. Si te interesa, aquí tienes a nuestra familia...

Me alargó una fotografía rota. En ella aparecía Timoféi Kurdiukov, un policía ancho de hombros con gorra de uniforme y la barba peinada, inmóvil, de cara cuadrada, con una mirada encendida en sus incoloros y estúpidos ojos. A su lado, en un sillón de bambú, se sentaba una campesina diminuta, en blusa sin cinto, de rasgos claros, tímidos, marchitos. Junto a la pared, sobre un triste fondo provinciano de flores y palomas, se alzaban dos muchachotes monstruosamente enormes, de cara boba y ancha, ojos saltones, petrificados, como durante la instrucción. Eran los hermanos Kurdiukov: Fiódor y Semión.